



XIII



ONMOVIÓ profundamente el gran corazón de D. Juan de Austria el infortunio de los hijos de Alí, y mandó que sin separarlos de su ayo Alhamet ni de sus criados, que eran cinco, les llevasen a la galera Real para tenerlos él a la vista y protegerlos y consolarlos: lo cual dió motivo a un episodio que pinta de cuerpo entero el carácter caballeresco, grande y compasivo del vencedor de Lepanto.

Contaba el mayor de los hijos de Alí, Ahmed Bey, dieciséis años, y era hermoso, robusto, varonil y arrogante. Sumióle su desgracia en una muda y sombría desesperación que no estallaba nunca, sino se le reconcentraba en el pecho, tornándole arisco, duro, agresivo, sin más idea ni más ansia que la de escapar, como pájaro salvaje encerrado en una jaula. El menor, Mehemet-Bey, era por el contrario una criaturita de trece años, expansiva, cariñosa, que sin comprender toda la extensión de su desgracia volvía a todas partes sus ojos inocentes buscando donde quiera protección y cariño; y como ambas cosas encontraba en D. Juan de Austria, apegóse a él tiernamente. Humillaba esto el orgullo de su hermano, y como le viese un día sobre

cubierta jugando con la monilla (1) de D. Juan, arrancóle violentamente el animalejo, diciéndole una frase turca de horrendo laconismo, que pudiera traducirse en castellano: *El gran infiel mató a padre.*

La bondad de D. Juan y su fino tacto quebrantaron al fin la fiereza y los rencores del muchacho y trocóse entonces su desesperación en tristeza profunda, que sin enfermedad alguna aparente le roía y le minaba. Preocupaba a D. Juan en extremo la suerte de aquellas dos pobres criaturas, y para darles placer y esperanza, apresuróse en llegando a Corfú a dar libertad a Alhamet su ayo y enviarlo a Constantinopla para dar razón de ellos a su familia y asegurarle la imposibilidad en que estaba entonces de darles también libertad, como se la daría más adelante según eran su intención y su deseo. Formaban los dos huérfanos una sola presa de guerra, en la cual sólo tenía D. Juan una décima parte, según lo estipulado en la Liga, correspondiendo lo restante por partes iguales, al Papa, al Rey de España y a la Señoría de Venecia.

Solicitó, pues, el Sr. D. Juan de las tres potencias la cesión completa de los muchachos para ponerlos en libertad sin pérdida de tiempo, ofreciéndose él a dar en cambio cuanto quisiesen exigirle. Juzgó sin embargo, prudente, mientras estas negociaciones tenían efecto, enviar a Roma con todos sus criados a los dos hermanos para tenerlos

(1) Vander-Hammen cuenta a propósito de esta monilla un episodio muy curioso de la batalla de Lepanto. Vagaba este animalejo por la cubierta de la Real durante la batalla sin que pareciese sorprenderle ni asustarle el fragor de ella. De repente vino a clavarse una flecha en la caja que encerraba el Cristo de los moriscos mandado colgar del estanterol por D. Juan de Austria. Irritadísima entonces la mona trepó al estanterol como pudo, y arrancó con las manos y la boca la flecha; hízola pedazos con grande furia, y desapareció con gran asombro de todos, una vez terminada su hazaña.

allí bajo la protección del Padre Santo. Resistíanse los huérfanos a separarse del Sr. D. Juan, y de tal manera se agravaron con esta ausencia la tristeza y consunción que minaban a Ahmed-Bey, el mayor de los dos hermanos, que murió en Nápoles a los tres días de su llegada, pidiendo a D. Juan en su hora postrera que no retractase sus generosas intenciones de dar libertad a su inocente hermano. Siguió éste para Roma afligido y desolado, y colocáronle allí por orden del Papa en el castillo de Santo Angelo, con todo el esmero y los cuidados que su edad, su calidad y su desgracia requerían. Activó D. Juan por su parte en favor de Mahomet-Bey las gestiones que antes hacía por los dos hermanos, y escribió a Felipe II y al Dux Mocenigo en términos tan eficaces y apremiantes, como podrá juzgarse por la siguiente notabilísima carta suya al Embajador de España en Roma D. Juan de Zúñiga, cuyo original pertenece a la colección de autógrafos del Conde de Valencia de Don Juan.

«Ilmo. Señor: Algunas veces me acuerdo aver escrito a v. m. la mucha afición que tomé a los hijos del Baxá dende el primer día que fueron captivos en la batalla, y los conocí por parecerme moços nobles y de muy buena inclinación, y considerar la miseria en que se hallaban, sin culpa suya, pues ni tenían edad ni malicia para poder haver hecho ninguna cosa de momento en nuestro daño. Esta misma inclinación me ha durado y dura hasta agora, tanto más, quanto algunas veces voy considerando, no parecerme cosa de animos nobles maltratar al enemigo después de vencido, y conforme a esta mi opinión, el tiempo que esos moços y los demás esclavos de qualidad estuvieron a mi disposición y órden de continuo mandé que fuesen muy bien tratados, y se les hiciese todo regalo, particularmente a los dichos moços. Haviéndose enviado desde aquí

a esa ciudad y muerto el uno de ellos en Nápoles, e deseado extremadamente que el menor de ellos que está ahí en prisión, se le diese libertad, y esto tanto más, quanto me acuerdo, averle dado algunas veces intención de hacerlo así, y a este fin e escrito al Rey mi señor, suplicando le fuera servido de hacerme merced de la mitad del dicho moço, que por la capitulación de la Liga le podía tocar, de lo qual aguardo respuesta. Al presente me a ocurrido si sería bien pedir en esta Sedé vacante (1) al sacro collegio de los Cardenales, la parte que toca a esa sancta sede, pues las otras dos de Venecianos, procuraria yo de averlas por la vía que me pareciese mas apropósito. He querido antes de intentar este negocio comunicarlo con v. m. y pedirle como le pido con mucho encarecimiento, que me avise de su parecer y tenga la mano en quanto por su parte pudiera, que esos esclavos sean bien tratados, pues como arriba digo, soy de opinión que a los enemigos se les muestre fiereza y valor hasta vencerlos, y después de vencidos, mansedumbre y piedad, y aviseme con la primera ocasión lo que sobre esto se le ofresciere.—Guarde Nuestro Señor la Ilustrísima persona de v. m. como deseo. De Mesina a 7 de Mayo de 1572».

Al final de esta carta hay la siguiente postdata de mano propia de D. Juan de Austria.

«Mucho más de lo que sabría decir deseo que se me dé ese muchacho pues como tal será poco el daño que podrá hacer y cierto le estoy aficionado y casi obligado, y así deseo como digo satisfacerme a mí en esta parte, y para esto quiero muy de veras el ayuda de v. m. a quien pido que si le pareciere tiempo y ocasión de alcançarme esta gracia lo haga, y que procure que en todo caso y tiempo

(1) El día 1.º de aquel mismo mes de Mayo había muerto San Pío V.

sean bien tratados los demás que están en compañía del dicho muchacho, que cierto a mi juicio es una de las principales partes de un buen ánimo de piedad con los tales, también deseo que ellos entiendan tengo cuidado de lo que les toca, y todo señor D. Juan se lo remito.—A su servicio, *D. Juan.*»

Vinieron fácilmente en lo que el Sr. D. Juan deseaba el Papa, el Rey y el Dux de Venecia, y dueño ya exclusivo el Generalísimo del pobre niño cautivo envióle a buscar para darle libertad con todos sus criados; mas antes y hallándose el Sr. D. Juan en Nápoles, llegó a este puerto una hermosa galera turca con salvoconducto de Embajada, enviada por Fátima Cadem, hija también de Ali-Pachá y única persona de su familia que quedaba ya al huérfano. Venía en esta galera Alhamet, el ayo de los dos hermanos, y traía una carta y un rico presente de la mora Fátima para D. Juan de Austria. La carta según la traducción que de ella inserta Vander Hammen, dice así:

«Gran Señor: Después de besada la tierra que pisa V. A., lo que esta pobre y mísera huérfana tiene que hacer saber a V. A., su señor, es representarle, quan agradecida estoi al favor que nos ha hecho a todos, no solo con dar libertad a Alhamet, nuestro criado, sino en enviarle para que nos diese nuevas, de cómo después de la muerte de mi padre y rota de la Armada nuestra, mis pobres huérfanos hermanos quedaron vivos y en poder de V. A., por lo qual quedo rogando a Dios dé a V. A. muy muchos años de vida. Lo que nos queda, Señor, agora a mí y a todos nosotros que suplicar a V. A. es nos haga merced y limosna, por la alma de Jesucristo, por la vida de V. A. Real, por la cabeça de su madre, por la alma del Emperador su padre, por la vida de la Majestad del Rey su hermano, los dé libertad a esos pobres huérfanos. No tienen madre, su padre murió a ma-

nos de V. A. Están debaxo solo del amparo de V. A. Pues es tan cortés caballero como todos confessan, tan piadoso y generoso Príncipe, duélase de las lágrimas que por horas vierto; de la aflicción en que se hallan mis hermanos y concédame esta gracia. De lo que he podido juntar de las cosas que por acá ai, embio a V. A. ese presente: a quien suplico le quiera recibir. Bien sé no es cosa digna de la grandeza de V. A. y que merecia cosas mayores, pero mis fuerças son cortas. V. A. no mire a la poquedad del servicio, sino como tan gran Señor reciba la buena voluntad con que se hace. Buelvo Señor, a suplicar a V. A. por la ánima de Jesucristo me haga esta limosna de dar libertad a mis hermanos, pues en hacer semejante bien, aunque sea a enemigos, ganará renombre de liberal y piadoso: y pues mirando a sus lágrimas fué servido de enbiar a Alhamet que avisase de cómo quedaban vivos, y del buen tratamiento que V. A. les hacia, (lo qual toda esta Corte, tuvo a gran gentileza, y no hacen sino alabar la virtud, y grandeza de V. A.) para acabar de ganar del todo este título, no queda, sino que V. A. nos haga esta merced, de que les dé libertad.

»Besa los piés de V. A. su esclava la pobre hermana de los hijos de Alf-Baxá.—*Fátima Cadem.*

Recibió D. Juan de Austria esta carta envuelta en un lienzo de brocado, de manos de Alhamet, y ocho esclavos turcos que con él venían, entraron luego en la estancia el rico presente. Componíase éste de cuatro ropas de martas cibelinas.—Dos ropas de lobos cerbales.—Una ropa de armiños.—Otra ropa de lobos cerbales de raso carmesí que era del Rey de Persia, con una guarnición de brocados de media vara de ancho y en ella bordadas historias de persianos.—Seis piezas de brocado muy fino, de tres canas y media la pieza.—Dos cajas de porcelana de Levante muy

finas.—Una caja de pañuelos y toallas de oro, plata y seda bordados a la turquesca.—Una cubierta de cortaduras de seda recamada de oro.—Otra cubierta de brocado colchada.—Cantidad de sobremesas de cuero.—Una tapicería de cueros adobados en olores.—Un alfanje damasquino que era del Gran Turco, guarnecido de oro y labrado con piedras turquesas finas.—Cinco arcos dorados con quinientas flechas, que eran del Gran Turco, muy labradas de oro y esmalte y sus carcajas y aljabas labrados y adobados de olor.—Cantidad de plumas de todas clases.—Una cajita de botones de almizcle fino.—Algunas piezas de turbantes de holanda fina.—Seis alfombras muy grandes.—Seis fieltros grandes a modo de reposteros.—Un arco, carcaj y aljaba, todo de oro fino y esmaltado de azul, que era de Solimán.—Cantidad de bolsas de agua y frascos de cuero adobado.—Cuatro frascos de almáciga fina de Xio.—Veinticuatro cuchillos damasquinos guarnecidos de oro, plata y rubíes.

Examinó D. Juan de Austria todas estas riquezas detenidamente con muchas razones de cortesía y agradecimiento: mas haciendo luego a los esclavos que las empaquetasen tales como venían, mandó a Alhamet que las llevara él mismo a Roma y las entregase al niño cautivo Mahomet-Bey, para que dispusiese él de todas ellas a su arbitrio. Llegó el hijo de Alf a Nápoles a fines de Mayo y embarcóse a los pocos días para Constantinopla, con todos sus criados y algunos otros cautivos turcos que para honrarle a él redimió también D. Juan de Austria. El niño llevaba para su hermana Fátima la siguiente respuesta del Generalísimo:

«Noble y virtuosa Señora: Dende la primera hora que fueron traydos a mi galera Ahmet-Bey y Mahomet-Bey sus hermanos, después de haber vencido la batalla que dí a la armada del Turco, conociendo su nobleza de ánimo y bue-

nas costumbres, considerando la miseria de la flaqueza humana, y quan subjecto es a mudança el estado de los hombres, añadiendo el ver que aquellos nobles mancebos venian más en la armada por regalo y compañía de su padre, que para ofendernos; puse en mi ánimo, no solamente de mandar que fuesen tratados como hombres nobles, pero de darles libertad quando me pareciese ser la ocasión y tiempo para ello. Acrecentóse esta intención en rescibiendo su carta tan llena de aflicción y aflicción fraterna y con tanta demostración de desear la libertad de sus hermanos; y quando pensé poder embiárselos ambos, con gradísimo descontentamiento mio, llegó a Ahmet-Bey, el último fin de los trabajos, que es la muerte. Embio al presente en su libertad a Mahomet-Bey y a todos los otros captivos que me ha pedido, como tambien embiara al defuncto si fuera vivo; y tenga, Señora, por cierto que me ha sido desgusto particular no poderla satisfacer y contentar en parte de lo que deseaba, porque tengo en mucha estima la fama de su virtuosa nobleza. El presente que me embió dexé de rescibir y lo hubo el mismo Mahomet-Bey, no por no preciarle como cosa venida de su mano, sino porque la grandeza de mis antecesores no acostumbra recibir dones de los necesitados de favor, sino darlos y hacerles gracias; y por tal recibirá de mi mano a su hermano, y a los que con él embio: siendo cierto, que si en otra batalla se volviese a captivar a otro de sus deudos, con la misma liberalidad se les dará libertad y se les procurará todo gusto y contentamiento.—De Nápoles a 13 de Mayo de 1573.—A su servicio, *D. Juan*.